

In Memoriam

Reflexionar en unas pocas páginas sobre la herencia intelectual de Ellacuría, parecería no solamente una tarea destinada al fracaso sino también demasiado pretenciosa, dada la profundidad, y riqueza de su pensamiento, así como también, por la diversidad de campos que abordó en su incansable búsqueda de la verdad.

En este sentido consideramos apropiado reflexionar únicamente sobre los principales logros, aportes y enseñanzas que se derivan del permanente y estricto análisis de la realidad nacional que Ellacuría desarrolló hasta el momento de su muerte. Ante todo debe de señalarse que Ellacuría fue un intelectual universitario profunda y radicalmente democrático. Intelectual universitario en el sentido de que reflexionó sistemáticamente sobre el "deber ser" de la UNIVERSIDAD dentro de una sociedad que "no solo esta sub-desarrollada y con graves y casi insuperables necesidades objetivas, sino que está injustamente estructurada económica, institucional e ideológicamente" (ELLACURIA, 1980, 820); democrático porque concibió este "deber ser" universitario como una opción, autónoma y libre, en favor de las mayorías populares.

A partir de la aceptación de la existencia objetiva del conflicto social, Ellacuría incursionó en diferentes campos de la realidad nacional con el objetivo de transmitir a la conciencia colectiva nacional la idea de que no solamente es injusto sino que también es políticamente inviable a largo plazo cualquier proyecto social que no contemple promover una estructura social que permita a las mayorías populares alcanzar no solamente niveles de vida humanamente dignos sino también que propicie una participación real de las mismas, en los bienes, recursos y dirección del país. Fue uno de los aportes fundamentales de Ellacuría, el haber definido de una manera dáfana el "point de mire" que debe guiar a toda institución en la realidad salvadoreña, el criterio bajo el cual

deben ser juzgados los diferentes proyectos sociales, la clave para distinguir entre proyectos elitistas/excluyentes y proyectos verdaderamente humanistas e históricamente progresistas.

Al proponer como horizonte para la acción, los intereses de las mayorías populares —entendidas como auténticas mayorías de la nación o de la humanidad y que además se encuentran excluidas de un nivel material de vida humanamente digno, no por desidia personal sino como consecuencia de ordenamientos sociales históricos—; Ellacuría propone un criterio de demarcación a las instituciones, a las fuerzas sociales y políticas, a los intelectuales, etc. Este criterio de demarcación servirá para determinar quien está a favor o en contra de superar la flagrante irracionalidad histórica que constituye la situación de injusticia institucionalizada.

A partir de esta visión, reflexiona sobre el papel de la UNIVERSIDAD como institución, señalando el hecho innegable de que "la UNIVERSIDAD" cumple siempre una misión política en tanto incide de una u otra forma en la realidad histórica en la que se realiza. Por lo tanto, para Ellacuría el problema no está en cumplir o no una misión política, sino en qué dirección desarrollar esta misión y como cumplirla sin desvirtuarse en su "ser" universitario.

Para Ellacuría "la UNIVERSIDAD" no debe caer en el error de pretender un cultivo neutro del saber y de la técnica —que es de todas formas una opción política en favor del sistema y/o estructuras sociales vigentes— ni tampoco traicionar su esencia universitaria para hacer política partidista, anulando de esta forma la producción de un saber crítico y de un saber técnico, sometién dose a presiones externas. En esto último, Ellacuría fue muy claro —aunque tal vez poco comprendido— al señalar de que "no hay gran diferencia en el sometimiento al ESTADO o en el sometimiento al partido, no hay gran diferencia en el sometimiento a una clase o en el sometimiento a una iglesia, sin libertad no es posible acción universitaria y sin autonomía no hay libertad". (ELLACURIA, 1980, 824).

De esta forma la opción por las mayorías populares que debía adoptar la universidad no se derivaba, en Ellacuría, de análisis coyunturales de la correlación de las fuerzas sociales, ni tampoco en intereses partidistas, sino que resultaba de la **fundamentación teórica** de que un sistema social que mantiene a la inmensa mayoría de su población en una situación deshumanizada queda refutado por esta misma deshumanización mayoritaria; de la **fundamentación ética** que obliga moralmente a ponerse en favor de los injustamente oprimidos y en contra de los opresores; y de la **fundamentación teológica** que se

deriva de la opción preferencial por los pobres como la forma privilegiada de buscar el Reino de Dios y realizarlo en la historia.

Ahora bien, en este esquema ELLACURIA señala claramente que no es la UNIVERSIDAD "el lugar adecuado para establecer cuál deba ser el proyecto nacional, entre otras cosas, porque los proyectos nacionales tienen un alto porcentaje de opcionalidad; pero si es el lugar adecuado para racionalizar cualquier proyecto". (ELLACURIA, 1980, 822).

Este señalamiento es muy importante porque nos indica que ELLACURIA veía a las mayorías populares como sujeto histórico de su propia transformación —en este sentido concibe más tarde la idea de una "tercera fuerza" estructuralmente autónoma de los poderes políticos— capaces de gestar un proyecto propio; y por otra parte, veía al trabajo universitario como un proceso creativo de racionalización y optimización del proyecto popular. El trabajo universitario era visto como "un arduo trabajo intelectual, que supere la importación de modelos, el pragmatismo inmediatista o la repetición mecánica" (ELLACURIA, 1982, 800). Esta concepción del papel de las mayorías populares y la certeza de que la solución política al conflicto y a las causas del mismo no podría lograrse sin un mínimo consenso de los Actores Sociales, lleva a Ellacuría a poner en juego todo el poder de Racionalización del saber universitario en función de una "tercera fuerza" social que asumiese como objetivos cohesionadores de los diferentes sectores que la integrarían, el potenciar a mediano plazo, un desarrollo integral y justo que superase la situación de miseria estructural en que viven las mayorías populares, y a corto plazo, propiciar una solución negociada al conflicto salvadoreño.

Para Ellacuría la "tercera fuerza" cumpliría la función de ser un vehículo de las demandas de la sociedad al ESTADO al ser mucho más independiente —de sectores sociales específicos, que la mayoría de las organizaciones gremiales y de los partidos políticos. Sería al mismo tiempo un interlocutor válido frente al ESTADO y a otros Actores Sociales, contribuyendo, por el peso político que podría llegar a representar, a aumentar el grado de autonomía del ESTADO frente a los grupos dominantes.

En la concepción de esta "tercera fuerza" pluralista —en su composición— vuelven a encontrarse las ideas básicas de Ellacuría sobre la modalidad y campo de acción de los actores sociales. Para Ellacuría la unidad fundamental de la "tercera fuerza" estribaría "en el propósito fundamental de superar la actual crisis y de superarla con su contribución estrictamente social" (ELLACURIA, 1987, 308).

En este sentido su campo de acción es social, no busca el poder político sino más bien al ocuparse de defender sus propios intereses y los intereses generales de la sociedad, influir sobre los proyectos políticos y sobre la formulación de las políticas económicas y sociales. Para Ellacuría la "tercera fuerza" debe de ser sobre todo un elemento determinante en la formación de una conciencia colectiva en favor de la transformación.

La modalidad de su configuración sería la de una unidad funcional y no estructural, unidad lograda en la creencia de que "solo con la superación de la injusticia estructural y la consiguiente liberación de las mayorías populares se conseguiría la reconciliación nacional" (ELLACURIA, 1987, 309); pero también fundada en la independencia de cualesquiera de las partes en conflicto y de toda otra fuerza estrictamente política interna o externa a la "tercera fuerza".

Al igual que en su visión de una universidad distinta, la unidad funcional de la "tercera fuerza" no significa que sus diversas y específicas partes no puedan y deban tener otros objetivos inmediatos, sino más bien significa que todos y cada uno de los objetivos inmediatos se integren y subordinen al objetivo último integral e integrador de que las mayorías populares lleguen a unos niveles de vida dignos y a un nivel de participación máximo en las decisiones que competen al destino de ellas mismas y al destino del conjunto de la sociedad.

Entre julio y agosto de 1988 se realizó —por iniciativa de la Iglesia— la más importante convocatoria de organizaciones sociales en la década pasada: el DEBATE NACIONAL.

Es posible que las ideas de Ellacuría hayan estado al origen de este DEBATE NACIONAL, pero lo cierto es que él lo saludó como un hito en la historia salvadoreña, una reunión lo más pura de fuerzas sociales que marcaba el intento más claro de la "autonomización de las fuerzas sociales, que reclaman un peso específico en la conducción de un proceso que, más que político, es estrictamente histórico, esto es, englobante de todo el conjunto de estructuras y dinamismos sociales". (ECA, 1988, 715).

La racionalización del hecho histórico del DEBATE permite a Ellacuría reafirmar tres ideas fundamentales sobre la relación actores sociales, actores políticos y concertación social.

En primer lugar, reafirma que no es aceptable la subordinación de lo social a lo político pues una subordinación de este tipo impide la autonomía de la organización social y la hace perder su propia especificidad. Sin embargo, esto no significa que la organización social no

deba comprometerse en la construcción de la historia; por el contrario, "la organización social no debe cerrarse sobre sí misma y contraponer sus intereses a los intereses generales; más aun debe estar atenta y apoyar a cuantos defiendan mejor los intereses generales y, dentro de ellos los intereses sectoriales de cada organización. Pero esto sin abdicar de su autonomía y sin dejarse manipular desde fuera por ningún partido ni ninguna vanguardia". (ECA, 1988, 716).

En segundo lugar, le permite afianzar la idea de que la flexibilidad constructiva y la reflexión crítica en torno a las soluciones reales constituye el método más efectivo para el logro de un amplio consenso popular que podría influenciar los proyectos políticos, contribuyendo de esta forma a configurar la institucionalidad necesaria para una sociedad más justa y participativa. Para Ellacuría, uno de los logros más importantes del DEBATE NACIONAL había sido el hecho de que "las partes" buscaran puntos de consenso mínimo y no puntos de disenso. El abandonar radicalismos en pro de soluciones realistas constituía en la visión de Ellacuría un importante paso para la consecución de la paz social al más corto plazo. La flexibilidad constructiva que debían mantener las diferentes fuerzas sociales no significaba en Ellacuría, el abandono de las UTOPIAS o el abandono de la idea de la transformación estructural de la sociedad, sino simplemente la reafirmación de la necesidad de recorrer trayecto o más bien el reconocimiento de que si bien el futuro pende del presente, "el presente no se agota en ser la preparación del futuro: tiene sus propios derechos y tiene sus propias necesidades" (ELLACURIA, 1975, 608).

En tercer lugar, la realización y los logros del DEBATE NACIONAL le permiten relanzar la idea del DIALOGO y la NEGOCIACION como medios racionales y justos "para ir encontrando solidariamente soluciones a la gran crisis nacional". (ECA, 1988, 729). En el DEBATE NACIONAL las diferentes fuerzas sociales se asumen como sujetos históricos materializando de esta forma la idea de ELLACURIA de que a la larga es el propio pueblo quien debe asumir la defensa de sus intereses y debe de asumir la responsabilidad de presionar en favor del DIALOGO proponiendo, como mayoría social nacional, a las partes en conflicto los puntos esenciales para la negociación.

Para finalizar, es necesario señalar que el aporte de Ellacuría para nuestro quehacer cotidiano de economistas y sociólogos radica en haber definido tres elementos básicos para iniciar la elaboración de un proyecto económico-social alternativo al proyecto hegemónico neo-liberal.

En primer lugar, Ellacuría definió claramente el objetivo que debe

guiar nuestra reflexión analítica: los intereses objetivos, científicamente procesados, de las mayorías populares.

En segundo lugar, definió un método para juzgar los diferentes proyectos al avanzar como criterio de desideologización, como criterio de verdad, la historización de los proyectos, discursos y/o conceptos. Esta historización juzga los planteamientos no en su fase discursiva sino en su realización efectiva, es decir los juzga no en su proposición abstracta de un "deber ser" sino más bien en como su realización (o la forma en que se están realizando) contribuye a la materialización del "deber ser" propuesto. Para Ellacuría no basta con decir que "tal o cual" proyecto esta en favor de las mayorías populares sino que se debe de juzgar si su realización está en favor de esas mayorías populares.

Finalmente, hay que señalar que Ellacuría siempre tuvo una preocupación por la eficiencia de la acción social, en tal sentido su legado intelectual es también un reto para construir/diseñar política económica y política social que no solo pretendan ser justas sino que también contribuyan eficazmente en el largo plazo al objetivo de elevar el nivel de vida de las mayorías populares.

ANEXO BIBLIOGRAFICO

- ELLACURIA, I. "Diez años después: es posible una universidad distinta". ECA, 324/325. Octubre-noviembre 1975, 605-629.
- ELLACURIA, I. "Universidad y política". ECA, 383. Sept. 1980, 807-824.
- ELLACURIA, I. "Universidad, derechos humanos y mayorías populares". ECA, 406. Agosto 1982, 791-800.
- ELLACURIA, I. "Caminos de solución para la actual crisis del país". ECA, 462. Abril 1987, 301-311.
- EDITORIAL. "El significado del debate nacional". ECA, 478-479. agosto-septiembre 1988, 713-729.